

La Leyenda de Julita

Una piloto de caza rusa en la Guerra Civil

FRANCISCO GONZÁLEZ BARREDO

EN contra de lo que a primera vista puede parecer, la leyenda aérea es de antigua tradición en España, pues ya a finales del siglo IX y principios del X, es decir, a caballo entre el Emirato Independiente y el Califato, vivió en AlAndalus nuestro compatriota Abul-l-Quasin ben Firmas, polígrafo, gramático, poeta, músico, astrólogo, alquimista y mecánico que, al decir de Ahmed Zeki y otros autores musulmanes que de él se han ocupado, logró volar en tierras de Ruzafa con un artificio consistente en una especie de plumaje.

Pero si éste caso es atrayente por lo que encierra en sí de tradicional y maravilloso, no lo es menos el hecho de que en el presente siglo, exuberante en medios de información, haya podido nacer, desarrollarse y pervivir durante 50 años en el ánimo de las gentes de aquellos lugares en que debió ocurrir, una leyenda sobre un personaje también histórico, y para mayor interés femenino, a quien se atribuyen unos hechos que vamos a exponer y analizar.

La circunstancia de haber vivido personalmente este proceso, ha hecho que durante todos estos años haya tratado de aclarar si era leyenda o realidad lo que aquellas gentes creían con la misma seguridad que en la existencia del personaje, a quien habían conocido.

En la "Nota para la Jefatura de Aviación" de la Sección Segunda del E.M. del Cuartel General del Generalísimo de fecha 20 de diciembre de 1936, en la parte de la misma que da información sobre el Aeródromo de Lamiaco (Bilbao), tras indicar los aviones existentes en el mismo, dice textualmente: "con ellos vuelan algunos aviadores rusos y una aviadora rusa". Poco después, en el Informe "Bidasoa nº 992" de fecha 24 de enero de 1937 de la Sección Segunda del E.M. del Ejército de Norte al Cuartel General del Generalísimo, refiriéndose a la misma unidad y aeródromo afirma: "Entre los pilotos figura una mujer rusa".

Por su parte, Jesús Salas Larrazabal

en su ya clásica obra "La Guerra de España desde el Aire" dice, refiriéndose a la unidad de caza soviética que estuvo en el aeródromo "... en la que meditaba una mujer (al menos esta era la opinión de los habitantes de Vizcaya poco después de ser ocupada por las tropas nacionales) ...".

Lo cual era una realidad y no una opinión, pues Julita no solo estuvo en Bilbao con esa unidad, sino en toda la zona gubernamental del Norte y, lógicamente, en Asturias y, dentro de ella, en el aeródromo de Colunga, mi pueblo natal, en el que yo residía en aquellos momentos.

Tenía Julita por aquellas fechas, rostro de rasgos agraciados, con ojos claros de expresión decidida su aspecto general era de determinación y energía y vestía habitualmente el chaquetón de vuelo de cuero, como usaban los pilotos rusos, y pantalones azules, pero al contrario que estos, hablaba con soltura español.

Era frecuente verla, cuando la escuadrilla estaba en alerta, apoyada en algún "Chato" hablando con su piloto y en otras ocasiones pululando entre el personal soviético, en la zona del aeródromo que ocupaban.

En la opinión popular era una piloto excelente que dominaba con soltura la acrobacia. Hasta que punto está todavía arraigada esta idea en el ánimo de la gente, puede deducirse del hecho de que recorriendo, no hace mucho, los terrenos en los que estuvo el aeródromo de Colunga, me encontré con un hombre que estaba por allí trabajando y que, más o menos, podría tener mi edad, y pronto la conversación recayó sobre el "campo de aviación", como era de rigor al averiguar la causa de mi presencia por allí, y, en medio de ella, me espetó: ¿Acuérdase cómo volaba la rusa?. Pero es que, además, para todos, Julita era la mujer del comandante de la unidad, y se contaba entonces como éste paseaba nervioso, ante el puesto de mando, fumando "papi-rusas" sin descanso, mientras esperaba el regreso de la escuadrilla que cumplía una misión en que volaba, Julita. Y, por su-

puesto, no faltaban los comentarios sobre aquellas otras ocasiones en que ella quería volar y no considerándolo oportuno su jefe, se organizaba el consiguiente tira y afloja familiar en el que, por supuesto, vencía el mando.

Pero a pesar de todo, no debió de ser así en todas las ocasiones, pues a ella se le achacaba el haber sido la causa de la localización por el enemigo del aeródromo de Colunga, al despegar, impulsiva, valiente, pero imprudentemente, cuando "El Alcahuete", un trimotor Junker Ju 52 de reconocimiento fotográfico, lo sobrevolaba, a mediados de 1937.

Y ¿cómo no? También Julita está unida a un hecho curioso ocurrido en agosto del mismo año, al traer en vuelo del aeródromo de la Albericia en Santander al de Colunga la avioneta inglesa que cargada de botellas de vino de Jerez y pilotada por su dueño Rupert Bellville con Ricardo González Gordon de pasajero, aterrizó en aquel aeródromo, procedente de Burgos, creyendo que estaba ya ocupado por las fuerzas nacionales, cosa que aún no era realidad.

Este modo de ser, fue la causa de su final, pues cuando en la fase última de la ocupación de Cantabria comenzaron los bombardeos sistemáticos de los aeródromos asturianos como preparación de la batalla que la iba a seguir, en uno contra el de Colunga, parece Julita fulminada por una bomba enemiga que cayó mientras despegaba con un "Mosca", apurando el tiempo entre la alarma y la llegada a la vertical del campo de los bombarderos.

Pero, ¿quién era realmente Julita, esta legendaria piloto?

Pues sencillamente María Fortus agente del servicio de inteligencia soviético, oficialmente intérprete de la escuadrilla en que la hemos conocido y quien nunca en su vida, verdaderamente azarosa, pilotó avión alguno.

Y siendo así, ¿cómo pudo originarse esta leyenda?

Creo que por una serie de circunstancias y detalles aparentemente nimios que unidos, crearon la semilla en la imaginación popular y constituyeron luego el caldo de cultivo en que ésta se desarrolló.

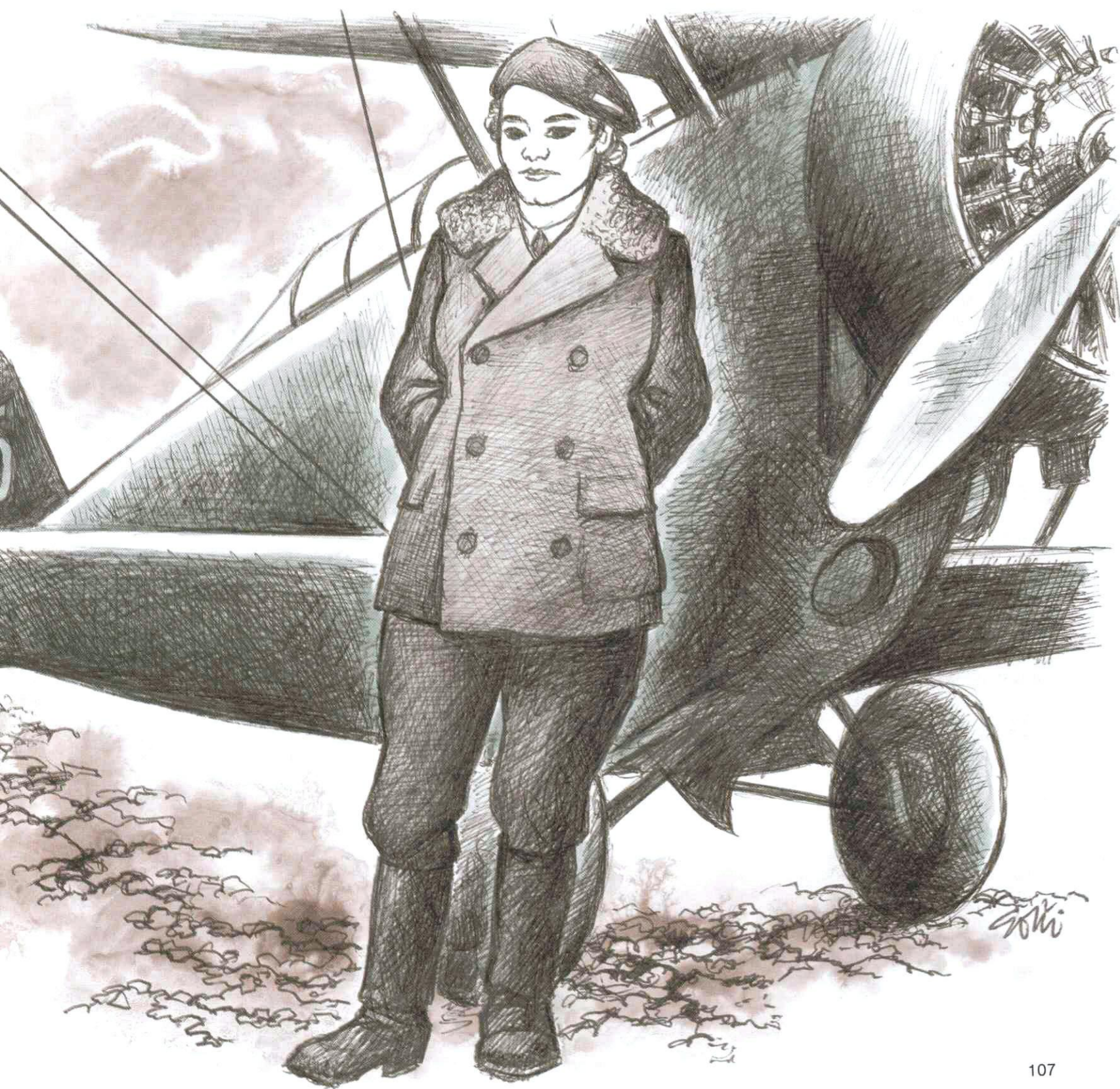
Dentro del especial clima psicológico de guerra en que se originó, pienso que las causas inmediatas fueron las siguientes:

- La manera de vestir de Julita
- La sensación de decisión y energía que su persona emanaba
- El aislamiento en el que, aún dentro del aeródromo, se desenvolvían los rusos
- La insalvable barrera lingüística, que cooperaba a este aislamiento

— El equipo que entonces se utilizaba para volar

Parece lo más probable que tuviera su principio en la visión de Julita entre sus compatriotas, por los civiles que habitaban cerca de los aeródromos y por las noticias de personas que en ellos estaban, pero que, a causa del aislamiento indicado, no veían a los rusos de cerca más que circunstancialmente y no tenían relación alguna con ellos, pero sí podían observar sus movimientos y los de sus aparatos, con más o menos detalle. Ahora bien, ya hemos dicho que Julita usaba pantalones de corte militar como un

hombre, cosa que no hacía entonces ninguna mujer (salvo las milicianas cuando vestían mono) y utilizaba chaquetón de vuelo, lo que unido a la sensación que ya hemos dicho transmitía su persona, el ser rusa y por fin, el verla siempre entre los pilotos ¿qué más era necesario para convertirla a ella también en piloto?. Y dado este paso, lo demás era coser y cantar, pues en un avión rodando por el campo no había quién distinguiese al que lo pilotaba con el casco, las gafas y el equipo de vuelo que los rusos usaban, y basta conocer la imaginación humana para darse cuenta de que cualquier paisano que estuviese trabajando por las cercanías del



Aeródromo y viese un aparato ruso hacer algunas figuras acrobáticas, se las achacase a la rusa. ¿a quién si no?. Si además nos fijamos que Julita aparece siempre en hechos fuera de lo normal: el descubrimiento del aeródromo, la avioneta inglesa, su muerte espectacular, en una palabra que no hay nada extraordinario en que no esté metida, la imaginación popular se nos muestra completamente lógica y más al observar que la faceta romántica, pero también falsa, de ser la mujer del comandante, completa la leyenda de forma clásica.

Pero lo que más me ha asombrado siempre es que exista esa lógica entre unos hechos que han sido inventados, no se sabe por quién, pero que indudablemente son obra de autores múltiples y en momentos cronológicos distintos, pues yo no los conocí (y me los creí) ordenadamente, como ahora los narro, sino conforme los rumores corrían, entonces y después, entre la gente.

Por supuesto que analizándolos serenamente fuera de aquellos momentos, no resisten la más elemental crítica. Fijémosnos por ejemplo, en la faceta romántica: si nadie entendía una sola palabra de ruso, y esta sí que fue una realidad indiscutible, ¿cómo puede saberse de qué discutían el comandante y Julita cuando la leyenda relata que lo hacían por la autorización para volar ella?. Esto suponiendo que algún español estuviese a su lado, máxime cuando quien lo viera tuvo que hacerlo de lejos. Y así podríamos analizar uno a uno los hechos, con resultados semejantes, si la ocasión lo permitiese.

Cuando comenzaron las dudas que me llevaron a la incredulidad y a mi terca búsqueda de la realidad, mi pregunta a quienes podían haber sido testigos de ello era ésta ¿Tú has visto alguna vez subir o bajar de un aparato a la rusa?. Y nunca logré obtener una respuesta afirmativa.

Sabemos que María fue Julita pero no la piloto extraordinaria que esta leyenda nos pinta, ahora bien, la vida real de María ¿la haría acreedora a figurar como protagonista si no de ésta, de otra leyenda semejante?. Vamos a recordarla a ver a qué conclusión llegamos tras conocerla.

Fue María hija de un farmacéutico que, además de ejercer su profesión, se dedicaba al comercio con buenos resultados en Jerson, puerto situado en la desembocadura del río Dnieper en Ucrania y que, en tiempos del último zar y a causa de un lío de faldas, abandonó a su familia dejándola en la miseria, por cuya causa sus hijos tuvieron que aprender un oficio al no poder continuar sus estudios y María trabajó en el de bordadora.

Poco después, se hizo comunista y a los 16 años le encargaron su primera misión como agente, que consistió en entablar contacto con los presos políticos que estaban en el presidio de su ciudad natal y

preparar su evasión. Misión que logró cumplir, no llevándose a efecto la evasión pues en febrero de 1917 cayó el régimen zarista y los presos fueron puestos en libertad al ser asaltado el presidio.

Cuando después el Ejército Blanco luchó en Ucrania contra el Rojo, María se dedicó a hacer proselitismo comunista entre los soldados y marineros franceses que formaron parte del primero y por esta época, en 1919, conoció al español Ramón Casanellas Lluç, que llegó en barco francés huyendo de su patria donde era perseguido por la policía, al que asoció a su labor de propaganda entre los franceses, casándose con él y teniendo un hijo a quien llamaron también Ramón.

Siguiendo la evolución de los acontecimientos en aquella zona, fue luego encargada de infiltrarse en las bandas contrarrevolucionarias para enviar información al Ejército Rojo sobre sus bases, efectivos, etc. Siendo descubierta en febrero de 1921, fue fusilada precipitadamente, junto con otros sospechosos, y abandonados sus cadáveres sobre la nieve, donde fueron encontrados por los suyos, que lograron salvar la vida a cuatro de ellos, uno de los cuales fue María, que desde entonces llevó dos balas, que no le pudieron ser extraídas, en el pulmón izquierdo.

Después Ramón regresó a España y siendo ya Secretario General del Partido Comunista de Cataluña y miembro del Buró Político del Partido Comunista de España, llamó a María a su lado, entrando ella con nombre falso y viviendo en la clandestinidad, posteriormente y en circunstancias aún no aclaradas, Ramón fue asesinado y María regresó a su patria.

En 1936 volvió a España, iniciada ya la guerra civil, y actuó en Madrid como intérprete del general Kivil Meretskov primer consejero del Estado Mayor General del Ejército Republicano, que luego fue Mariscal y Héroe de la Unión Soviética, pero sus actividades se parecían poco a las usuales de la profesión de intérprete, en que estaba clasificada oficialmente, y fue entonces cuando empezó a utilizar el nombre de Julita.

Posteriormente pasó a la zona Norte donde la hemos conocido, de la que salió el día 19 de octubre de 1937 tras asaltar un buque tanque inglés surto en el puerto de El Musel de Gijón, en el que con treinta especialistas soviéticos y una serie de españoles llegó al puerto francés de La Rochelle desde donde marchó a Moscú.

Allí se enteró de la muerte en el frente de Aragón de su hijo Ramón, que luchaba en la Aviación Republicana, ocurrida estando ella en Asturias.

Volvió de nuevo a España de donde salió poco antes de terminar la guerra.

De regreso en su país ingresó, con otras cuatro mujeres, en la Escuela Superior Militar "Frunce" donde tuvo que terminar aceleradamente sus estudios debido a la entrada de la Unión Soviética en la II Guerra Mundial en la que actuó primero

como Jefe de Estado Mayor de un regimiento femenino de aviación, pasando luego al Destacamento Guerrillero Especial del coronel Medvedev cuya misión era el reconocimiento estratégico en la retaguardia enemiga. Para ello se lanzó en paracaídas, con otros compañeros, en la retaguardia alemana, en la región de Chemigov el 22 de junio de 1942.

Posteriormente combatió en el ejército de campaña en la sección de información del Estado Mayor de Rodion Malinovski, luego Mariscal y Ministro de Defensa y en el de Fiodor Tolbujin también Mariscal y Héroe de la Unión Soviética. Terminó la guerra en Austria después de haber estado combatiendo en Hungría.

En 1955 se jubiló con el grado de Comandante del Ejército Soviético, tras haber sido condecorada numerosas veces por sus actuaciones.

Para completar este esbozo de su vida, veamos cual es su opinión sobre su profesión: "Me gustaba ser agente de los servicios de inteligencia. Sinceramente tiene poco de romántico esa profesión. Es un trabajo muy duro y no siempre agradecido. El que va a la retaguardia del enemigo sólo puede contar con sus propias fuerzas. De su verdadera actividad sólo está enterado un círculo muy reducido de personas incluso en su país. Cualquier adversidad podría ser fatal puesto que no le conocen ni los suyos".

Y, por fin, la que le merece su propia vida: "Tuve un gran amor, lo que fue una suerte. Soporté muchas cosas y muchas otras no me dió tiempo a realizarlas. Pero si naciera de nuevo, otra vez elegiría la lucha".

Creo que tras lo expuesto, hay que contestar afirmativamente a la pregunta que nos hemos planteado, antes de conocer su vida, de si María sería acreedora a figurar como protagonista de una leyenda, aunque no fuese la aérea que se le había atribuido, pues lo que parece evidente es que su vida ha sido verdaderamente legendaria.

A mi juicio María poseyó un temperamento idealista y romántico, a la par que práctico, realista y enérgico, gracias al cual pudo sobrevivir a las circunstancias en que se desenvolvió toda su vida. Curiosamente, la leyenda de Julita, si nos paramos a analizarla, vemos que coincide, en términos generales, con estas características, causando admiración, en consecuencia, la intuición de la imaginación popular que la creó.

Resulta triste destruir una leyenda y llevar, con ello, la desilusión al ánimo de los que en ella creen, aunque en éste caso tengamos la compensación de sustituirla por una realidad no menos legendaria, no obstante lo cual, me asaltó varias veces la tentación, mientras escribía, de abandonar la labor y dejar las cosas como estaban. ■